

This image shows a blank, aged, cream-colored page, likely an endpaper or flyleaf of a book. The paper has a slightly textured appearance with some faint horizontal lines and small dark spots, possibly due to age or handling. The page is set against a dark background.


	Matter l'è con corré tras el, v altri la formidabile
--	--

[illegible]

Y volviéndonse hacia Rocambole, añadió:
—El señor, como es hebreo, es francés. ¿Por qué está aquí...? ni aun se lo he preguntado. Un empujamiento, no sé por qué abominable abstracción de vuestras ciencias, es lo que yo era su amigo y su cómplice. Entonces, para daros una pequeña lección, le propuse una inocente farza, en la que no ha estado tampoco.

—El señor parece una persona decente y sobre todo, es un hombre de educación; hablo a la vista de sus crímenes que ignora, pero es juro que habla maravillosamente el francés.

—Una fregida deliciosa, de la que os duré la clase,
querido Sr Roberto.



100

A estas últimas palabras el secretario hizo un gesto de sorpresa y dijo a Marmouset:

— Venid, amigos míos: se os debe una reparación, y yo os pago que será proporcionada a la ofensa.

Media hora después, Marmouset salió de Newgate, dejando a sir Roberto Mitchell presa de las más vivas angustias.

El plebeo gobernador se hacía tristes reflexiones. Marmouset podía usar de su derecho, pidiendo una indemnización elevada, y el jurí no dejaba de mostrarse severo con un gobernador que se había conducido con tal huertera.

Y sir Roberto Mitchell no era rico.... Y era padre de familia.

Hecho esto, en tanto, se había acostado tranquilamente, y no había tardado en dormirse.

XXVII

Transportémonos ahora a la City, y a una humilde casa que ya conocemos en Sermon Lane.

Esta casa es la misma donde hicimos visto en otro tiempo al Hombre gris sorprendido a miss Ellen, en el momento en que la joven se acababa de cubrir con el hábito y escaparon negros de las Hermanas de la Cruz.

Londres, — ya lo hemos dicho, — posee, entre otras muchas, una institución admirable.

Muchas señoras de la más alta aristocracia, ligadas por un voto, han formado una asociación de caridad, basada sobre los principios más puros de la virtud cristiana. Cada vez que hay un criminal condenado a muerte, uno de estas Hermanas de la Cruz, de signada por la suerte, va a llevar al otro los consuelos de la religión, y pasa, orando a su lado toda la noche que precede su suplicio.

El lector recordará tal vez la noche en que miss Ellen, umbrada para este asunto ministerio, al recibir el pliego misterioso señalado con una cruz negra que la llamaba a Newgate, había dejado el trabajo, y, volviéndose a toda prisa, había corrido a la casa de Sermon Lane.

Sermon Lane es una callejuela infecta y sombría, que desciende de las alturas de la City hasta las orillas del Támesis.

En esta callejuela, y en el tercer piso de una casa más que modesta, poseía entonces miss Ellen una reducida habitación, donde encerraba su último de Hermandad de la Cruz, y de donde de las prisiones, nombres ajenos con que se designa a las señoras de esta hermandad el pueblo de Londres.

Miss Ellen había partido precipitadamente de Inglaterra, y en su preocupación de aquellos instantes,

no tuvo tiempo para avisar al presidente de la Hermandad, el cual vivía, como también recordamos, — en la calle de Pater-Noster.

De consiguiente, la joven había conservado su cuarto de Sermon Lane.

Ahora bien, a día siguiente de su vuelta a Londres, miss Ellen, que había tomado habitación con Vanda en una modesta posada cerca del Correo, dijo a su confidente luego que hubieron descansado:

— No podemos permanecer aquí, señora: yo al menos.

— ¿Por qué?

— Porque me recelo de la policía y sobre todo del reverendo Patterson, y prefiero servirme de mis amigas.

— ¿Que que armas queréis hablar? dijo Vanda admirada.

Miss Ellen le respondió sonriéndose:

— Vos conocéis, señora, la legaterra y la vida inglesa, pero no tanto naturalmente como yo.

— Es justo, pero ¿qué propósito me decís eso?

— La legaterra es el país de las inviolabilidades por excelencia; hay cosas adonde la policía no puede penetrar, y trajes con los cuales se puede circular sin temor de ser molestado.

— ¿Se todo eso, dijo Vanda.

— Por ejemplo, un colegio de *Christ Hospital* es un asilo, añadió miss Ellen.

— ¿Un colegio?

— Y el policeman que se atreviera a prender a una Dama de las prisiones, no saldría vivo de la calle donde hubiese cometido ese atentado. El populacho lo lapidaría y lo acoraría apalao.

— ¿Y bien, dijo miss Ellen, yo soy Dama de las prisiones.

— ¿Vos?

— Yo, sí, señora, y de consiguiente voy a ponerme mi hábito.

— ¿Dónde?

— A dos pasos de aquí, a Sermon Lane. ¿Queréis acompañarme?

Vanda consintió y siguió a miss Ellen, la cual la condujo al cuarto que ya conocemos.

Aquí, dijo, desahogado el odio del reverendo Patterson y la persecución de todos sus esclavos.

— ¿Y la celera de vuestro padre?

— ¡Oh! dijo miss Ellen sonriendo con alegría, respecto a mi padre no está hecho todo.

— ¿Ahí?

— Mi padre me idolatraba... y me ama aun más que así mismo: estoy segura.

— ¡Oh! debe sufrir bastante.

— Estoy persuadida de ello; pero yo lo consolé y lo convertí a mis ideas.

— ¿Queréis ir a ver a vuestro padre?

— Sin duda: he a casa, y no a escondidas, sino en medio del día.

— ¿Y si os retiene?

— Ya os lo he dicho: este hábito me escuda contra todo el mundo.

La joven guardó por algunos momentos silencio y después añadió:

— Amo al Hombre gris, como no creía que pudiera amarse jamás... y sin embargo, conocía tan poca mi corazón, que lo he perdido entregándolo a sus enemigos. Desde entonces mi deber está traido, yo lo salvé.

Había tal energía y tan profunda convicción en el acento de la joven, que Vanda la miró con admiración.

— He aceptado desde luego vuestro plan y el de vuestros amigos, añadió miss Ellen, y no desviare de él mi línea de conducta; pero si ese plan aborta....

— ¿Ya veréis de lo que soy capaz.

Vanda volvió a su posada, y miss Ellen se quedó definitivamente en el cuarto de Sermon Lane.

Una joven irlandesa que tomó por criada, la trajo su comida de una hostería vecina, y la servía de compañía en la reclusión que se había impuesto.

Dos días se pasaron así.

Milton había venido a anunciar a Vanda que Marmouset estaba en Newgate.

Y Vanda había llevado ella misma esa noticia a miss Ellen.

En fin, al día siguiente, Marmouset en persona se presentó en la posada de Vanda.

Esta, al verlo, no pudo contener un grito. Píñose en su rostro la ansiedad mas viva, pero no tardó en tranquilizarse la sonrisa que alumbraba el rostro de Marmouset y que dejaba ver claramente que la campaña había sido feliz.

— ¿Has visto al capitán preguntó Vanda.

— ¡Por qué?... ya lo creo!

— ¿Y has podido hablarle?

— He pasado con él dos noches y un día.

— ¿Y tras sus instrucciones?

— Sus instrucciones completas. ¿Dónde está miss Ellen?

Vanda pasó a Marmouset al corriente de todo.

— Pues bien, dijo este, vamos a Sermon Lane.

Y ambos, en efecto, fueron a reunirse con miss Ellen.

La bella y aristocrática joven tuvo un momento de violenta emoción.

Alto innumerables preguntas, insistió por saber minuciosamente todo lo que había pasado y quiso saber de la boca de Marmouset mil detalles sobre aquel hombre que adoraba, después de haberlo odiado con tan inaudita violencia.

— ¿Le había hablado de ella?... ¿Había manifestado alguna emoción al pronunciar su nombre?

— ¿Y la pesada atmósfera de Newgate, sus muros sombríos, su duro encierro, no habían quebrantado su indomita energía?

A lo que Marmouset respondió satisfaciéndola en todo, y añadiendo invariablemente:

— Lo salvaremos, miss Ellen; desconfiad, lo salvaremos.

Después de esto, Marmouset confió a sus dos amigos que tenía el encargo de ver al abate Samuel. Pero ¿cómo encontrarlo?

Desde el día de la prisión del Hombre gris, el joven sacerdote, a quien habían tratado de comprometer seriamente, había desaparecido.

¿Dónde se ocultaba?

— No sé dónde podréis encontrarlo, dijo miss Ellen.

— ¡Ahí!

— ¡Inmediatamente al Southwark.

— ¿Dónde?

— Entrad en la iglesia católica de San Jorge, dirigidos al sacristán y decidle:

— La esperanza de la Irlanda me envía aquí.

Podéis hablarle en francés, pues de ese modo acordéis de ganar su confianza.

— ¿Y él me dirá dónde está el abate Samuel?

— Es probable, sobre todo si le habláis del Hombre gris.

— ¿Por en este mismo momento, dijo Marmouset, pues no hay que perder un día ni una hora: tanto mas, cuanto que el Hombre gris pide una reunión de los principales jefes feudos.

— Corred! dijo miss Ellen, que había recordado toda su calma: ¿yo también os digo con entera confianza: ¡lo salvaremos!

— ¿Cuanto le ama! murmuró Vanda suspirando al recordar su perdida juventud.

La hiel que cubría a Londres era tal aquel día, que hubiera podido creerse que la capital del imperio se había propuesto ocultar todo su lujo interior.

Desde las doce de la mañana, todos los almacenes habían tenido que recurrir al hidrógeno, esa imitación brillante del sol inglés, que reina como soberana en medio de aquel caos.

Los reverberos de las calles estaban también encendidos y la niebla era tan espesa, que los coches habían cesado de circular.

— ¿Qué diabólico país! murmuraba Milton, trotoando sin embargo, con paso rápido al lado de Marmouset, que lo conducía en medio de la lluvia.

— Cuando pienso, añadió, que en París hay a estas horas un sol magnífico y que empiezan a reñotar los arboles de las Tuillerías...

— ¡Vamos! filosofó repuso Marmouset, paciencia y adelante. Ya te quejarás de la niebla otro día: hoy no tenemos tiempo de pensar en la temperatura.

Así llegaron al puente de Westminster.

La niebla que oscurecía el cielo, hacía el Támesis invisible.

Hubiérase dicho que iban en una nube.

Hubo los estridos del puente se perdían en la oscuridad.

Jenny es alta, morena tiene los ojos azules, y es mucho mas bella que todas las láids del West-End.

— ¿Y qué más dijo el sacristán.

— Ralph tiene diez años, y presenta ya el porte noble y altivo de su padre sir Edmund Palmer.

— Bridge road, respondió Milton, que conocía Londres como París.

— Se hallan en mi casa, dijo Milton.

— ¿Dónde?

— En París.

El anciano, apesar de esto, no parecía convencido.

— Os creo, dijo en fin, pero no sé donde está el abate Samuel.

— ¡Ah! muy bien. ¿Conocéis al Hombre gris?

— Al oír este nombre, el sacristán se estremeció visiblemente.

— ¿Conocéis también al Hombre gris? exclamó.

— Sí, repuso Milton. ¿Y a Shoking, lo conocéis igualmente?

— Este nombre despierta por completo la fisonomía del sacristán.

— Probadme que conocéis a Shoking, dijo.

— Es fácil, Shoking no está en Londres.

— ¿Verdad?

— También es verdad. ¡Pero la policía inglesa sabe tantas cosas!

— ¿Desconfiáis aun?

— La Irlanda está perseguida, dijo; esa es la excusa de nuestro temor.

— Pues bien, dijo Marmouset, puesto que no queréis decirnos donde se halla el abate Samuel, ¿queréis al menos encargarnos de una misiva para él?

— Si lo veis, sí, señor.

— ¿Soy yo quien lo veis?

— Decid pues.

— Cuando veáis al abate Samuel, entregadle esto.

Y Marmouset sacó del bolsillo un papel pequeño plegado en cuatro dobleces.

Este papel era un billete que el Hombre gris había escrito para el abate, y entregado a Marmouset.

El joven lo dio al anciano y añadió:

— De parte del Hombre gris.

— ¡Ah! dijo el sacristán tomando el billete.

— Pero ya desconfianza no se había disipado por esto.

Volvió malicia, dijo. Tal vez hasta entonces habré visto al abate Samuel.

— Está bien, dijo Marmouset. — Ven, Milton.

— ¿Cómo? exclamó el sacristán.

— Sin duda, ¿y si el abate Samuel?

— No importa, ven.

Y Marmouset, atraído a Milton con gran contentamiento del sacristán, se apresuró a cerrar la puerta.

— No sé francamente por qué me habéis llamado, dijo Milton cuando ya iba al habitáculo; indistinto....

— ¿Cógelo el sacristán por el cuello de la chaqueta?

— Eso es, y hubiéramos podido es verdad?

— ¡Ah! no sé me figura.

— ¿Gracias un mil, Milton.

— Vaya en gracia! y por qué?

— ¡Basta! ven a sentarte a mi lado.

— Ahora, levanta los ojos e idos.

— ¡Bueno, y qué?

— ¿Ves el campanario?

— No, está cubierto por la niebla.

— ¡Calla! una luz que se ve en el campanario.

— ¿Es eso?

— Parece una estrella que aparece en los cielos.

— Es la luz de un faro que ilumina sucesivamente por las ventanillas.

— ¿Y qué deducís de esto?

— El abate Samuel está en casa.

— ¿Creeis?

— Y el sacristán le lleva el billete.

— ¡Ahí!

— Espera un momento.

— ¿Para qué?

— ¿Vas a ver?

La claridad que penetraba en el del campanario, se quedó fija en el rostro del sacristán.

Así permaneció algunos segundos.

La vida descendió de nuevo, pero la vida subió, sino como una estrella prendió del cielo.

— El buen viejo es mas feliz que Marmouset.

— ¿Por qué decís eso?

— Es el sacristán que hoy me habla.

— ¡Ah! ¿para qué?

— ¡Total! para tratar de desconfiar.

En efecto, un instante después de la sacristía, y el buen viejo se encontraba en el mismo lugar.

— ¿Queréis que os dé sus señas añadió Marmouset.

— Jenny es alta, morena tiene los ojos azules, y es mucho mas bella que todas las láids del West-End.

— ¿Y qué más dijo el sacristán.

— Ralph tiene diez años, y presenta ya el porte noble y altivo de su padre sir Edmund Palmer.

— Bridge road, respondió Milton, que conocía Londres como París.

— Se hallan en mi casa, dijo Milton.

— ¿Dónde?

— En París.

El anciano, apesar de esto, no parecía convencido.

— Os creo, dijo en fin, pero no sé donde está el abate Samuel.

— ¡Ah! muy bien. ¿Conocéis al Hombre gris?

— Al oír este nombre, el sacristán se estremeció visiblemente.

— ¿Conocéis también al Hombre gris? exclamó.

— Sí, repuso Milton. ¿Y a Shoking, lo conocéis igualmente?

— Este nombre despierta por completo la fisonomía del sacristán.

— Probadme que conocéis a Shoking, dijo.

— Es fácil, Shoking no está en Londres.

— ¿Verdad?

— También es verdad. ¡Pero la policía inglesa sabe tantas cosas!

— ¿Desconfiáis aun?

— La Irlanda está perseguida, dijo; esa es la excusa de nuestro temor.

— Pues bien, dijo Marmouset, puesto que no queréis decirnos donde se halla el abate Samuel, ¿queréis al menos encargarnos de una misiva para él?

— Si lo veis, sí, señor.

— ¿Soy yo quien lo veis?

— Decid pues.

— Cuando veáis al abate Samuel, entregadle esto.

Y Marmouset sacó del bolsillo un papel pequeño plegado en cuatro dobleces.

Este papel era un billete que el Hombre gris había escrito para el abate, y entregado a Marmouset.

El joven lo dio al anciano y añadió:

— De parte del Hombre gris.

— ¡Ah! dijo el sacristán tomando el billete.

— Pero ya desconfianza no se había disipado por esto.

Volvió malicia, dijo. Tal vez hasta entonces habré visto al abate Samuel.

— Está bien, dijo Marmouset. — Ven, Milton.

— ¿Cómo? exclamó el sacristán.

— Sin duda, ¿y si el abate Samuel?

— No importa, ven.

Y Marmouset, atraído a Milton con gran contentamiento del sacristán, se apresuró a cerrar la puerta.

— No sé francamente por qué me habéis llamado, dijo Milton cuando ya iba al habitáculo; indistinto....

— ¿Cógelo el sacristán por el cuello de la chaqueta?

— Eso es, y hubiéramos podido es verdad?

— ¡Ah! no sé me figura.

— ¿Gracias un mil, Milton.

— Vaya en gracia! y por qué?

— ¡Basta! ven a sentarte a mi lado.

— Ahora, levanta los ojos e idos.

— ¡Bueno, y qué?

— ¿Ves el campanario?

— No, está cubierto por la niebla.

— ¡Calla! una luz que se ve en el campanario.

— ¿Es eso?

— Parece una estrella que aparece en los cielos.

— Es la luz de un faro que ilumina sucesivamente por las ventanillas.

— ¿Y qué deducís de esto?

— El abate Samuel está en casa.

— ¿Creeis?

— Y el sacristán le lleva el billete.

— ¡Ahí!

— Espera un momento.

— ¿Para qué?

— ¿Vas a ver?